

Lucas 9:51-56

Lucas 9:51-56

“Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Pero no lo recibieron, porque su intención era ir a Jerusalén. Al ver esto, Jacobo y Juan, sus discípulos, le dijeron: —Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consume? Entonces, volviéndose él, los reprendió diciendo: — Vosotros no sabéis de qué espíritu sois, porque el Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.” (Luke 9:51–56)

Hemos entrado hace unas semanas en la parte del año eclesiástico que llamamos la Cuaresma. En ella conmemoramos las últimas cosas de la vida de Jesús antes de su crucifixión y resurrección. En esta parte del Evangelio según San Lucas vemos que todo ya estaba listo para cumplir las profecías del Antiguo Testamento sobre la pasión y muerte de nuestro Señor. Inclusive el texto mira más allá que la resurrección de Cristo a su gloriosa ascensión al cielo. Dice "Cuando se cumplió el tiempo en que él habrá de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén".

Jesús sabía lo que le esperaba en Jerusalén, el rechazo, la muerte cruel en la cruz. Y en afirmar su rostro para ir a Jerusalén estaba escogiendo padecer todo pacientemente por el beneficio de los hombres. Pero no tuvo que esperar hasta llegar a Jerusalén para experimentar el rechazo. Apenas había empezado su viaje: "Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén".

Para entender bien esa reacción de los samaritanos, necesitamos saber un poco sobre el origen de ellos. Vivieron en la región entre Judea al sur y Galilea al norte, así que la ruta más directa de Galilea a Jerusalén fue por Samaria. Pero los samaritanos no adoraron a Jehová en Jerusalén donde Dios lo habla mandado. Tenían una religión aparte, una mezcla de la verdad y el error. Reconocieron sólo los primeros cinco libros del Antiguo Testamento como Escritura, y cambiaron partes de esos que no les parecieron convenientes. Ni tenían pura sangre judía. Fueron

una mezcla de gentes paganas que los asirios trajeron a esa tierra con los que todavía habitaban la tierra después de que los asirios llevaron mucha de la gente a la cautividad. Así que los judíos despreciaban a los samaritanos y los samaritanos odiaban a los judíos. Jesús iba a ir a una aldea samaritana. Eso fue muy poco usual. Ordinariamente, para ir a las fiestas en Jerusalén, los de Galilea tomaron un camino muy largo, cruzando el Jordán dos veces para llegar a Judea. Los dos pueblos en general consideraban el uno al otro que fueron los herejes más grandes.

No es difícil, entonces, entender por qué los samaritanos rehusaron la más mínima hospitalidad-a uno que iba a ir a Jerusalén para adorar a Jehová. Pero, aunque comprensibles, fueron-inexcusables sus actitudes y acciones. Los discípulos reconocieron esto con su pregunta a Jesús: “Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y-lo consuma?” Es una gran maldad rechazar-al Salvador, aunque los habitantes de este pueblo no sabían quién era. Pero la ignorancia no es excusa. Seguramente merecieron castigo por sus duros corazones, Los discípulos consideraban esta ofensa tan grande contra su Señor que deberían haber sufrido un castigo fuerte y abierto para dar testimonio a cualquier otro que se atrevería a no respetar a Cristo. Todavía no reconocieron que Jesús sufriría cosas infinitamente peores, ni que ellos mismos en los tiempos duros de la Semana Santa iban a huir de Jesús y hasta negar conocerle.

¿Y no tenemos nosotros muchas veces la misma actitud?

Nosotros, los hombres, tan pronto condenamos los pecados de los demás sin pensar que nosotros también estábamos igualmente perdidos en pecado y que es puramente por la gracia y misericordia de Dios que nosotros no somos castigados con la muerte eterna.

¿No preguntamos muchas veces por qué Dios permite una cosa, o cuando los incrédulos se burlan de nosotros por causa de nuestras creencias por qué Dios no manda una señal fuerte para convencer a todo el mundo que tenemos la razón? Si nosotros hemos tenido esas actitudes, Cristo habla a nosotros también: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois”. Entonces, no somos del espíritu de Cristo, sino de los fariseos; siempre ciegos a sus propios defectos, pero mirando las omisiones más pequeñas de sus prójimos. ¿Somos nosotros por naturaleza mejores que los

demás? ¿Es por eso que Dios nos escogió? Santiago nos dice claramente: "Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos". La condenación del transgresor de la ley de Dios es la muerte eterna, y si hemos hecho o pensado mal una vez en nuestra vida, merecemos este castigo tanto como el criminal más terrible.

Entonces, si no fue por causa de que somos mejores que los demás hombres a los ojos de Dios que Dios nos escogió para ser salvos y escapar tan horrible castigo, ¿por qué lo hizo? Fue puramente por su gracia, su misericordia, su amor para con nosotros quienes no merecimos de ningún modo este amor. Dios misericordiosamente nos buscó con paciencia infinita para darnos la oportunidad de oír su santa palabra y ser salvos de todo pecado para la vida eterna. Qué agradecidos tenemos que estar al mirar tan gran misericordia de parte de Dios.

Pero si Dios nos trató con tanto amor que nos salvó sin ningún mérito de nuestra parte, cómo podemos rezongar si Dios tiene la misma paciencia con otros para salvarlos también. Eso fue el propósito de la venida de Cristo, salvar a los hombres. "Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas".

Qué diferente es la mente de Dios de nuestra mente. Sí es un Dios justo que castiga la maldad e incredulidad, pero no hasta agotar toda oportunidad de llevar a los hombres al arrepentimiento. Vemos la diferencia claramente en el ejemplo de Jonás en el Antiguo Testamento. Dios le mandó a predicar el arrepentimiento en la ciudad de Nínive, mas Jonás no quiso ir porque los de Nínive eran enemigos de los hebreos. Después de tratar de huir de Dios por el mar tuvo que regresar y fue a Nínive. ¿Había aprendido la lección? La gente de Nínive se arrepintió. "Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó. Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová ¿No es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de gran misericordia, y que te arrepientes del mal".

Se quejó de la misericordia de Dios, no pensando que su salvación también se debía a la gracia de Dios. Al otro lado tenemos a Cristo, llorando sobre la ciudad de Jerusalén que le iba a rechazar y matar. Hizo todo para llevarlos al arrepentimiento, pero no le hicieron caso. Hubiéramos pensado

que Dios hubiera destruido aquella ciudad malvada inmediatamente, pero no lo hizo, porque tenía mucha gente todavía en esa ciudad.

Los discípulos en su impaciencia querían destruir aquella aldea de Samaria por rehusar mostrar la hospitalidad. Cristo quiso salvarla. ¿Y después? Cuando Cristo prometió a los apóstoles la venida del Espíritu Santo dijo: "Y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra". ¿Había algunos de esta aldea entre los que después creyeron el evangelio de su perdón en Jesucristo? No sabemos, pero es posible.

Tan paciente es Dios que ha permitido existir este mundo impío por casi dos mil años después de la venida de Cristo. ¿Por qué? Todavía busca las almas de los hombres "porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas". Que Dios nos dé la misma paciencia de Cristo para que a nosotros también nos importara más que nada las almas perdidas de todos los hombres, almas tan preciosas como las nuestras a los ojos de Dios. Amén.